

EL TERRORISMO COMO PERSPECTIVA SIMBÓLICA*

Luigi BONANATE**

SUMARIO: I. *¿Por qué una vez más?* II. *El terrorismo domina la vida internacional.* III. *El terrorismo se manifiesta de acuerdo con un cierto estilo.* IV. *El gran nudo: terrorismo y guerra.* V. *¿Y hoy...?* VI. *Llamar las cosas por su nombre.* VII. *¿El terrorismo “contra” la guerra?* VIII. *La costumbre democrática occidental.*

I. ¿POR QUÉ UNA VEZ MÁS?

LA TESIS que pretendo sostener es que el terrorismo internacional, así como lo conocemos ahora, es un enemigo no sólo de Occidente, sino también (y más aún) de sí mismo, y que los daños que está provocando en el tejido político-social en el mundo actual tendrán consecuencias simbólicas inmensas en nuestro futuro próximo. El terrorismo contemporáneo es un conjunto de fenómenos que no se limita ni a las astillas del fundamentalismo islámico ni a los programas de purificación planetaria del gobierno estadounidense. Es uno de los problemas comunes de la humanidad, tras haberlo ya sido en el tiempo y en el espacio, si bien en dimensiones más reducidas. Se convirtió en uno de los modos de la política, tal vez en expresión de la crisis de esta última, y no debería ser entendido como la expresión de la confrontación de un mundo contra otro; sería demasiado simple. Se trata, más bien, de una nueva condición existencial de la cual no podrán liberarse nuestras generaciones. Lo peor es que —estando destinado por naturaleza a su derrota— el terrorismo contemporáneo arrastrará consigo a todos aquellos que lo habrán adoptado,

* Este texto es retomado del libro BOVERO, M., y E. Vitale (eds.), *Gli squilibri del terrore. Pace, democrazia e diritti alla prova del XXI secolo*, Turín, Rosenberg & Sellier-Fondazione Istituto Piemontese Antonio Gramsci, 2006. Traducción del italiano de Lorenzo Córdoba Vianello.

** Profesor de Relaciones Internacionales en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Turín, Italia, Director del *Centro de Estudios «Paolo Farneti»* y Director de la revista *Teoria Politica*.

adorado (algunas veces), y aprovechado de manera oportunista (otras veces). Mi intención es, por lo tanto, discutir preguntas tales como: ¿es el terrorismo el más grande problema del siglo XXI? ¿El terrorismo es una amenaza o un peligro? En el primer caso hablaremos de política, en el segundo de sociedad; en el primero de inseguridad (internacional), en el segundo de incertidumbre (universal), al grado de provocar que algunos sostengan que hoy vivimos en la dimensión existencial del riesgo. En el primer caso, estaremos frente a algo subjetivamente determinado; en el segundo frente a un dato subjetivo y, por lo tanto, simplemente involuntario. Y más aún, ¿por qué y cómo logró el terrorismo convertirse en algo tan importante como para convertirse no sólo en el protagonista de la escena internacional –el máximo problema de las relaciones internacionales, sustituyendo al papel que jugaron en el pasado las guerras y la amenaza del holocausto nuclear– sino incluso en un enemigo invencible, capaz de poner de rodillas a las ricas, expertas y complejas sociedades occidentales?

La importancia del terrorismo hoy es tal que, a partir de cada uno de los atentados, se construyó no sólo una hipótesis de contraste como la de la “guerra global al terrorismo” (de la que intentaré demostrar no sólo la ineffectividad, sino más bien la insensatez), sino también una interpretación general de las relaciones internacionales, identificando en el terrorismo el artífice de una discontinuidad en la historia de la humanidad; algo que es tan importante como la formación del Estado moderno, como la revolución inglesa, o como las sucesivas revoluciones americana y francesa: algo que cambia la inercia del desarrollo histórico de las sociedades en el planeta. En nuestro caso, en efecto, se puede argumentar, de alguna manera no insensata (aunque no será la mía), que el terrorismo internacional, en sus dimensiones actuales no es otra cosa más que los productos de 1989.

Podría decirse de la siguiente manera: dado que el bipolarismo y la era del equilibrio del terror se concluyeron pacíficamente (por fortuna), ello implica que la guerra –entendida en su acepción mayor– se enfrentó a restricciones o censuras tales que perdió, al menos en gran parte, su capacidad de realizarse a plenitud en sus manifestaciones tradicionales: grandes Estados y sus coaliciones que se despliegan los unos contra los otros, ejércitos muy bien armados que chocan entre sí, ciudades bombardeadas, mujeres y niños violados en su inocencia, soldados hechos pedazos... Si este tipo de guerra ya no es posible (las mismas atroces guerras balcánicas tenían matrices políticas todo menos tradicionales), ello

significa en primer lugar que la guerra ha cambiado de naturaleza (al menos en parte) y, lo que es aún más importante, que las funciones que la misma jugaba deben encontrar vías para desahogarse en otra forma de comportamiento. Por lo tanto, si la gran guerra ya no es posible, y si los ejércitos ya no sirven para las guerras clásicas, he aquí que las manifestaciones irrefrenables de la violencia que contenían se sustanciarán en la práctica terrorista, por un lado, mientras que los ejércitos, por el otro, ya no serán aquellos conglomerados inmensos de soldados de leva de antaño, sino solamente especialistas dotados de las más sofisticadas joyas de la tecnología aplicada a innovaciones o descubrimientos científicos.

El terrorismo internacional sería, por lo tanto, la “guerra de nuestro tiempo”: los combatientes ya no portan uniforme y no son representantes oficiales (lo digo conforme a las reglas del derecho bélico); los no combatientes (espectadores atónitos: ciudadanías, clases sociales, etnias, profesiones, como la de periodista) no se diferencian dependiendo del grado de adhesión, de oposición o de neutralidad respecto a las razones del conflicto, por el simple motivo de que dichas razones no existen o son de una naturaleza tan amplia (conquistar el mundo para el Islam; derrocar a todos los dictadores del mundo) que no son distintivas de nadie, tienen que ver con cualquiera, y todos pueden ser víctimas-destinatarios de un episodio terrorista en alguna parte del mundo sin que alguna razón específica haya sido el móvil.

Podríamos reconducir a modelos más conocidos esta muy original visión del mundo si dijéramos que los dos protagonistas de esta nueva era de la guerra dan vida, una vez más, a un gran bipolarismo como el que hemos conocido bien. La partida ya no se juega entre comunismo y capitalismo, entre socialismo y democracia, sino entre las dos imágenes deformadas de dos grandes ideas: Islam y democracia, asumidos no en su significado ideal intrínseco e intangible, y al interior de su dimensión problemática, sino en las manifestaciones degenerativas que han cobrado vida en las manos de algunos poderosos. Sería tonto pretender ocultar que Osama Bin Laden y George W. Bush (uso estos dos nombres como los de *personae fictae*, meros y simples símbolos) serían felices pudiendo plasmar el mundo conforme a su imagen mental. Aun cuando en sí mismas no valgan nada, porque son degeneraciones de grandes ideales, simbólicamente revisten en todo caso el rol de representantes míticos del “choque de civilizaciones” que se ha transformado –aunque no podemos saber exactamente hasta dónde Huntington actuó de buena fe al anunciar su

advenimiento— en una nueva guerra mundial ya no breve y espasmódica como la Segunda Guerra Mundial (¿qué cosa son los seis años de su duración frente a los treinta de la guerra de 1618-1648?), sino continua, rastrera, duradera, una verdadera *drôle de guerre* (aunque al contrario de la de 1939) que apenas hoy se está mostrando ante nuestros ojos como la gran novedad del siglo XXI. Dado que las guerras, especialmente las “grandes” guerras, son el instrumento más evidente de transformación histórica que se pueda dar —ninguna comparación resulta tan imposible como la que pretenda comparar el antes y el después de una guerra— no sería para nada insensato plantear la hipótesis de que al faltar las grandes guerras el cambio deba ser encarnado por muchas, y más frecuentes, *pequeñas* guerras. En vez de grandes, pequeñas, en vez de largas, breves, en vez de darse entre ejércitos, entre civiles, en vez que masacres de decenas de millones de muertos, pocas decenas o centenares en cada ocasión —como si muchas pequeñas guerras valieran lo que una grande—. Pero también —y más aún, al contrario— ya no hay una separación neta y rígida entre combatientes y civiles, porque de ahora en adelante ¡todos somos (o casi todos) civiles, pero todos somos también combatientes!

II. EL TERRORISMO DOMINA LA VIDA INTERNACIONAL

He aquí la gran novedad: en la era de la globalización ya no existen tierras felices e inocentes; todos pertenecemos a una única y misma sociedad (por otra parte eso es precisamente lo que nos hemos esforzado por construir en las décadas pasadas; así que si fue una tontería sabemos quienes son los responsables) y por lo tanto no podemos ni siquiera refugiarnos en la *apolidia* o escapar a una isla desierta. El terrorismo sería, por lo tanto, la nueva forma de la guerra/mutación histórica, y el fundamentalismo el instrumento de identificación de los amigos y de los enemigos, de los buenos y de los malos. Este, más o menos es el marco al interior del cual parece que tenemos que movernos hoy en día, diferenciado por una especie de doble representación, una que es descriptiva y aparentemente neutral, y otra que es por el contrario problemática y polémica: dos imágenes para una sola realidad. ¿Pero cuál de las dos será más precisa, expresando mejor sus implicaciones simbólicas?

El terrorismo está en el centro de la atención mundial no sólo porque puede golpear a cualquiera de nosotros, sino porque se ha convertido en el

protagonista de las relaciones internacionales. En efecto, prácticamente nada de lo que compone la agenda política internacional puede fingir que ello no sea así: los teatros de Moscú, Chechenia, la Franja de Gaza, las discotecas de Tel Aviv, Manhattan, la escuela de Beslan, los ferrocarriles y las estaciones de Madrid, el metro y los autobuses de Londres... Pero si el terrorismo se convirtió en el “peligro número uno” para todo el mundo, es claro que para entender el mundo tenemos que entender el terrorismo renunciando, sólo para comenzar, al expediente de la insensatez o de la locura humana, y comenzar mejor a plantearse el problema como un desafío racional. Pero cuidado: no un desafío “a nuestro mundo”, o “a la sociedad occidental”, o “a los valores del cristianismo”..., sino a los valores de la humanidad en cuanto tal, de manera indiferenciada e indiscriminada, sin distinguir entre culturas, religiones e identidades.

Que el terrorismo sea el principal problema internacional no deberá empujarnos a creer que para derrotarlo exista solamente la represión, como si la única manera de anular a una fuerza fuera oponiéndole otra similar y contraria. No discutiré, sin embargo, esta afirmación en sí misma, sino que intentaré evidenciar las razones de este fenómeno mediante el análisis del mismo en su conjunto; ello es así porque estoy convencido (luego de muchos años de estudio sobre esta temática) que implica muchos aspectos más de los que puede presentar una reductora concepción policíaca o represora de la realidad contemporánea (me parece que todos estamos de acuerdo, por otra parte, que si es obligado perseguir los crímenes que se han cometido, la política de la justicia no puede limitarse a esa concepción, sino que debe apuntar más bien a la prevención y a la educación).

Para mostrar cómo el terrorismo forma parte de nosotros hoy en día, no hay una mejor manera, podríamos decir incluso “prueba”, que tomar en cuenta lo que un gran novelista contemporáneo nos relata del atentado del 7 de julio de 2005, en Londres:

Era evidente que habían sido golpeados por la onda expansiva de la explosión. Debe haber sido en la estación del metro, dijo entre sollozos una mujer que intentaba levantarse. Comprimiéndose la herida con un pañuelo, el alcalde corrió hacia fuera. Los vidrios se rompían bajo sus pies, frente a él, a lo lejos, se levantaba una espesa columna de humo negro, le pareció incluso ver el resplandor de un incendio. Pasó en la estación, pensó.

Es realmente cierto que un gran escritor puede ser también un cronista; pero bastaría seguir con la cita para descubrir que José Saramago describe de una manera verdaderamente extraordinaria, fiel y real, el evento, mejor dicho, un *evento*, precisamente el del 7 de julio londinense –aunque nos queda la duda de cómo él haya sido capaz de contar con tanta fidelidad lo que habría de ocurrir hasta un año *después* de haberlo escrito–. El *Ensayo sobre la lucidez*,¹ de donde he tomado el extracto citado, cuenta pues lo que todavía debía suceder. Es cierto que podría objetarse que no hay nada de extraordinario: la historia de los atentados dinamiteros no inició hoy y todos tenemos grabados en la mente, de manera indeleble, las imágenes del 11 de septiembre, por lo que trabajar sobre esos hechos de manera poética podría revelarse, incluso, algo simplón. Eso sería cierto, de no ser por el hecho de que, relatando “otro” evento, Saramago demuestra en qué medida el terrorismo ya forma parte de nosotros, de nuestra cotidianidad y que, efectivamente, éste puede haber sustituido ya a la guerra en el imaginario colectivo. Agregó que, desde ese mismo punto de vista, el caso de Saramago resulta mucho más central e importante porque nos obliga (y ésta es una de las extraordinarias cualidades intrínsecas del arte) a reflexionar sobre un debate extremadamente importante y que está presente en toda la historia de la representación figurativa en su intención expresiva: ¿cuál es la relación entre arte y naturaleza? Conformémonos con el caso que estamos utilizando para darnos cuenta que Saramago *representó de manera imitativa* un evento que se había manifestado en términos análogos y que estaba destinado a repetirse, no tanto disimulando sus aspectos, sino incorporándolos en la experiencia de la vida, en una invención narrativa que toma su fuerza, precisamente del *dejà-vu* de las terribles manifestaciones de los atentados terroristas: ¿quién ha olvidado aquél que hizo derrumbarse el piso de un local durante la fiesta de un matrimonio en Israel, o las sinagogas de Estambul?

Si el terrorismo se insertó de esa manera bajo nuestra piel, significa que el mismo ya juega una función simbólica en la vida cotidiana, a tal grado que no sólo la decisión en torno a unas vacaciones es replanteada por el temor a los atentados, sino también un viaje de trabajo, una hipótesis que nadie habría tomado en cuenta en los tiempos de la guerra fría, sólo para contextualizar las características de la novedad, mientras que la “convi-

¹ Cfr. SARAMAGO, J., *Saggio sulla lucidità*, trad. it. de Rita Desti, Turín, Einaudi, 2004, pp. 105 y ss.

uencia con el terrorismo que mata” se convirtió en un rasgo constante y universal de la sociedad contemporánea. ¿No puede el mismo Bin Laden ser definido realmente como un verdadero “icono” de nuestro tiempo (al grado incluso que su retrato característico es reproducido hasta en las camisetas)? No estoy pretendiendo hacer ni una divagación ni una concepción *culturoológica*; quiero más bien hacerme cargo de sus connotados, de la profundidad del desafío, del carácter *total* del compromiso que provoca. Es su implicación simbólica, en otros términos, lo que nos inquieta y nos espanta por encima de cualquier otro aspecto. Para cada uno de quienes habitamos en el mundo, la probabilidad de ser víctimas de un atentado terrorista es infinitesimal, pero ninguno de nosotros ha decidido por este motivo olvidarse del terrorismo o de mofarse del mismo. Si se agrega el valor simbólico de su entrelazamiento con la política, con los otros objetos de la vida social, con las hipótesis previsible que podemos hacer respecto de él, la dimensión de su perspectiva resulta central. La perspectiva, en efecto, retoma las reglas que pretenden permitir representar objetos y espacio determinando su forma, las dimensiones, las posiciones, de manera tal que la representación –precisamente simbólica– corresponda fielmente (como una especie de atajo) a la visión directa, a la relación que media entre lo simple y lo doble, entre lo material y lo ideal, entre lo espontáneo y lo imitativo. Por lo tanto, en su carga simbólica el terrorismo se convierte en este contexto en la clave de interpretación para poder entender el lugar del terrorista en la vida contemporánea. Para ello deberá ser sometido a un análisis de tipo, para decirlo de alguna manera, progresivo, o bien basado en un criterio de aproximaciones sucesivas, en el intento por superar el nivel de los lugares comunes o de los resabios producidos por las sucesivas oleadas históricas de fases terroristas colocadas en situaciones y en contextos precisos. Ello nos permitirá poner en el centro de nuestro análisis al que es el tema central, al que llamaremos sujeto, compuesto por una pareja de figuras, es decir, la del terrorista encarnado en un sujeto político bien preciso que se entrelaza, en un abrazo “monstruoso” pero inevitable con su adversario, la democracia como antagonista, encarnada en el Estado democrático que es la otra figura de nuestra representación.

III. EL TERRORISMO SE MANIFIESTA DE ACUERDO CON UN CIERTO ESTILO

La “práctica” terrorista es demasiado seria, radica en la historia y en la piel de muchos, para transformarse en los ejercicios de equilibrista retórico de los que intentan encontrar una *estilización* que en una única descripción sea capaz de descubrir sus razones, justificaciones y condenas. Planteo una de ellas, sin duda sugestiva, pero infundada. Se podría hacer notar, en efecto, que ¡los terroristas del 11 de septiembre *venían de muy lejos*; que los del 11 de marzo *venían de muy cerca*; que los del 7 de julio *estaban entre nosotros*! Cómo podríamos esconder la extraordinaria sugestión de esta inobjetable constatación (los 19 que impactaron los aviones contra las Torres Gemelas provenían casi todos de Arabia Saudita; los de los trenes madrileños eran africanos del norte, los de Londres eran incluso ciudadanos británicos). Cómo no admirar esta constatación hecha en base a círculos concéntricos que desde lo más lejano llegan a lo más cercano, al centro (incluso al corazón de la potencia histórica de la Europa dominante), prefigurando incluso una conclusión: ¡el terrorismo está por asestarnos el golpe final! Estaba lejos y ahora está encima de nosotros – resulta facilísimo, desde este punto de vista, predicar la guerra de civilizaciones... Pero el mensaje de esta idea es más rico y sigue que, si viene de lejos, el terrorismo entonces tiene un alcance mundial, planetario; puede golpear en cualquier lugar y escapar a cualquier sitio; el terrorismo no tiene confines y es imparable. Pero entonces ¿quién siembra el terror, quién es verdaderamente “terrorista” en la administración informativa de la realidad? ¿Quién pone una bomba (y tal vez no ha entendido ni siquiera los motivos para ello) o bien quien agiganta el alcance de la amenaza terrorista poniéndola continuamente en el centro de la atención? Y en ese sentido ¿vamos a continuar resignándonos como nos invitan a hacerlo constantemente, tan “seguros de que vamos a morir” como hasta ahora?

También otra cosa nos puede sugerir la *distancia* desde la cual el terrorismo está alcanzándonos si la medimos en términos diacrónicos, o bien del desarrollo y del “progreso” de su difusión. Desde las románticas reflexiones de Leila Khaled que inauguraron la época del terrorismo moderno (desvíos aéreos, explosión de aeronaves en vuelo o en tierra, etcétera), que es capaz de anteceder a la guerra verdadera (o de inhibirla), aun cuando ello ocurra en la forma popular y reductora de la Intimada, o bien de enquistarse en ambiciosamente en los sueños revolucionarios de Ulrike Meinhof o de Mara Cagol. Terrorismo primitivo que luego se

especializa y profesionaliza: desde las bombas de tiempo refinadas a las navajas utilizadas el 11 de septiembre, de los auto-bomba “ciegos” a la elección de objetivos mediáticos sofisticados, puntuales y circunstanciales; de pequeñas a grandes operaciones; de limitados e indefensos objetivos a otros grandes, con grandes riesgos, grandes explosiones y gran suceso; de estructuras primitivas a grandes “redes” (como *Al-Qaeda*) hasta llegar al las *franquicias* terroristas; de territorios pobres y atrasados a los grandes centros planetarios de la globalización, a partir de una escalada vertiginosa y desconcertante. No hay nada que agregar más que hoy por hoy los “progresos” que ha alcanzado el terrorismo se miden en los términos de su subjetividad política, en la capacidad que ha alcanzado para colocarse como uno de los grandes problemas del mundo contemporáneo y monopolizar las primeras páginas de los diarios –tratemos de decirlo con todas sus letras: “el terrorismo” se convirtió en el protagonista absoluto de la política internacional, “el personaje” central en torno al cual rotan todos los eventos más importantes de los últimos años. Para ser aún más brutales y esquemáticamente sinceros en la manera de decirlo, podríamos decir que desde el 11 de septiembre el terrorismo domina al mundo y decide los eventos más importantes. ¿El *terrorismo es igual a una gran potencia*? Lo que las grandes potencias de la historia lograron a costa de inmensos gastos monetarios y de fuerzas, ¿lo podrá conseguir el terrorismo con algunos kilos de explosivo y una inmensa astucia política?

El terrorismo es *la guerra de quien no puede hacer la guerra*. Pocos combatientes, por un lado, que se baten en contra de un adversario que, por el otro lado, posee la enorme mayoría de las fuerzas, armadas y económicas, productivas y sociales, industriales y culturales. Ante ese hecho ineludible ¿qué podrían lograr? En una guerra verdadera estarían destinados al exterminio... Sus acciones selectivas, limitadas, extemporáneas, logran, sin embargo, su resultado, al menos, el de mantener viva su instancia, el de consolidar y difundir su programa –digámonoslo con franqueza: sin el terrorismo, el “problema palestino” no se habría mantenido dentro del orden del día de la política mundial a lo largo de todo este tiempo. Pero, se dirá que, por otra parte, ese problema no ha sido resuelto con el terrorismo. Es algo absolutamente cierto; de otra forma, el terrorismo habría conquistado al mundo y deberíamos considerarlo un medio vencedor. La duda que nos dejan estas dos observaciones (“el terrorismo funciona”, “el terrorismo no vence”) nos ayuda a reflexionar sobre su desarrollo a lo largo del tiempo, de su historia, la cual lo lleva a inicios del

siglo XXI a ser considerado, incluso, un aspecto determinante de la evolución de la humanidad; historia que plantea a su interior también una ruptura entre el terrorismo de viejo cuño y el nuevo terrorismo, que produciría una discontinuidad también al interior de su propia naturaleza. Debido a que la diferencia principal entre el viejo y el nuevo terrorismo –desde “nuestro” punto de vista occidental– es la que resulta esencialmente el de su alcance, grande o pequeño, con pocas víctimas o con centenares o millares de víctimas, y dado que la esencia teórica de su estrategia sigue absolutamente intacta y constante, no hay posibilidad alguna de considerar al nuevo terrorismo como el terrorismo de su tiempo, es decir, de la edad de la globalización. Entre los años setenta y el final del siglo pasado ¿no se determinó un enorme salto de nivel, en la economía, en las finanzas, en la producción industrial, en la tecnología, en la cultura, en las tradiciones y en las costumbres que, en su conjunto, conocemos precisamente con el nombre de *globalización*? En ese sentido, no resulta extraño el hecho de que el terrorismo haya crecido (al igual que un organismo genéticamente modificado) en la medida en la que crecía el Occidente, que políticamente era siempre igual y que culturalmente crecía a la par de sí mismo. La verdadera gran diferencia es que mientras que en los tiempos del viejo terrorismo el miedo entre nosotros estaba circunscrito a quienes viajaban, ahora es algo compartido por el gran hombre de finanzas y por el encargado de la limpieza en las Torres Gemelas; por los jóvenes brasileños emigrados a Londres y por los trabajadores de la *City* o por los turistas de la Plaza de San Pedro en Roma. Ahora la nueva pregunta será, por lo tanto, la que se trasmuta del viejo al nuevo terrorismo, tomando en cuenta que aquél no había tenido tanto éxito como el actual. ¿Cómo es, pues, que el terrorismo se convirtió en el protagonista de nuestros tiempos? Admitiendo el hecho de que el mensaje simbólico que transmite la acción terrorista sea su elemento constitutivo central, ¿cambió su contenido?

IV. EL GRAN NUDO: TERRORISMO Y GUERRA

Hemos dicho que el terrorismo es la guerra de quien no puede hacer la guerra, diremos ahora que la guerra es el terrorismo de quien ni puede (no debe) transformarse en un terrorista (es decir, el Estado), o bien, más aún, que la guerra es un *terrorismo continuo*, mientras que el terrorismo es una *guerra discontinua*. Buscar una base común para discutir esas dos prácti-

cas es útil, especialmente ahora que su relación no puede plantearse en los meros y simples términos de una alternativa (como siempre hemos pensado que ocurría), sino incluso a partir de elecciones competitivas y, por lo tanto, obligadamente comparables.

El nexa guerra/terrorismo es el punto clave. La duda que emerge es si, asimilando entre ellos a los dos términos, no se corre el riesgo de considerarlos como equiparables en el mismo sentido, y no uno de ellos (la guerra) por lo que tradicionalmente lo conocemos, mientras que el otro (el terrorismo) por lo que se asemeja al otro, es decir, como una guerra metafórica. ¿Pero es realmente importante demostrar su incompatibilidad o su imposibilidad de confrontarse? El problema es el de la manera más adecuada de abordarlo, es decir, si se puede contrastar el terrorismo con una guerra, o si esta última no corre el riesgo de empeorar la enfermedad. También tenemos que hacer las cuentas con el peligro del *lapsus*, como si la palabra *guerra* fuera preferible a la de *terrorismo*, por qué aquella es más noble que la segunda –pero es evidente que también en este caso lo que cuenta es el punto de vista, ya que si es el del Estado no se puede sino rechazar al terrorismo, pero si es (o fuera) el de quien quiere destruir al Estado (*a ese* Estado), entonces no se definirá como un terrorista, sino como un *combatiente*, un héroe. ¿Es cierto que el carácter estatal ennoblecce y el anti-estatal condena? ¿Tenemos idea de a quién le toque la tarea de definir quién es y quién no es un “legítimo combatiente”? ¿Pertenece a esta categoría los partisanos que combatían bajo las siglas del CLN italiano, que los representantes de la “legal” República Social Italiana definían como “terroristas”? Y, por el contrario, si concebimos al terrorismo de una manera más amplia y “en su sentido moralmente relevante (como) un comportamiento militar y político que es frecuentemente utilizado por los Estados, incluidos los Estados Unidos y sus aliados”, cuando golpean a no-combatientes, como ocurrió en la guerra contra Yugoslavia en 1999, durante la campaña “Enduring Freedom” en Afganistán, en la guerra en Irak; o bien por parte de Israel “de manera probablemente mucho más clara” contra la *Intifada* palestina,² ¿no podemos entonces considerar al terrorismo dentro de los casos de “guerra justa”?

No es posible desechar esta lectura de la historia contemporánea de golpe evidenciando, sin más, su falta de fundamento; en efecto, más allá

² RODIN, D., *Terrorism without Intention*, “Ethics”, p. 753.

de ser válida o inválida, es aceptada por muchos, por lo que sería abusivo o presuntuoso hacerla a un lado sin discutirla.

¿Realmente ha iniciado la primera *nueva* guerra de nuestro tiempo, el único tipo de guerra posible tras el fin de la era del equilibrio del terror que, con la amenaza de la guerra del fin del mundo (el holocausto nuclear), había producido un orden internacional como nunca antes se había visto? En ese caso, la historia moderna de la guerra se dividiría en tres épocas: la de las guerras mundiales en cuanto tales (como la Primera o la Segunda, con excepción de su conclusión nuclear que, sin embargo, como se sabe, no fue decisiva), que fueron combatidas entre ejércitos “en forma” y con uniforme, y en las cuales morían tanto militares como civiles. Tuvi- mos después la era de las “guerras posmodernas”, siguiendo la afor- tunada definición de M. Kaldor (“entramos en la larga fase de la guerra posmoderna, de la violencia informal de baja intensidad”), que duraron solamente una década (1989-2001), que se distinguieron por el tipo de conflicto al que asistimos en la ex Yugoslavia (que no es el momento para discutir, pero que se caracterizó por el alto involucramiento por parte de civiles y por el uso que se hizo de las poblaciones desplazadas, depor- tadas, oprimidas, etcétera, con lo que podemos darnos una idea de la diferencia con las guerras precedentes). Este tipo de guerra nos pareció a muchos –ya sea que la hubiéramos considerado como un tipo original, o bien que la hubiéramos visto como una recaída en el pasado, hasta incluso llegar a la guerra de los Treinta años– que estaba destinado a durar en el tiempo, como consecuencia del hecho de que la disgregación de la Unión Soviética, el desaparecimiento del bipolarismo y la no aparición de una nueva coalición dominante (a falta de una guerra que le hubiera permitido tener sentido), constituían una serie de variables que no sólo resultaban incapaces, consideradas de manera individual, para orientar una nueva historia, sino que –en su conjunto– eran capaces, a lo sumo, de enmarcarse en el flujo ya entonces irreversible (al menos en apariencia) de la globali- zación, como si una nueva sociedad hubiera nacido efectivamente; una sociedad mundial y sin confines (ideológicos) y si bien no pacífica, en todo caso ya no-belicosa (en la medida en la que los conflictos y las tensiones se resuelven con “otras” formas de violencia, como la economía, las finanzas o la ilegalidad organizada). Podía gustar o no gustar, pero parecía poco *temible*; algo que se insertaba en el gran flujo del devenir de la historia humana, encaminada, tal vez de manera providencial, ya no hacia el castigo nuclear universal, sino a la más prosaica reducción a una

especie de banalización ya no del mal, sino precisamente, del bien, de manera que las mismas grandes empresas (tanto del espíritu como de la materia) terminaban por perder su encanto.

V. ¿Y HOY...?

Es inútil insistir; para poder subrayar toda la diferencia entre aquello que esperábamos y lo que ocurrió basta dejar correr en nuestra memoria las imágenes de aquellas personas que se lanzaban al vacío desde las Torres Gemelas creyendo que podrían escapar del fuego y del derrumbe de las mismas, y que fueron immortalizadas por algunas crudas imágenes fotográficas, como si fueran pequeños pájaros, o como pedazos de aquella locura absoluta que fue el 11 de septiembre. Aquél fue el día en el cual –rememorándolo desde la óptica del razonamiento que estamos realizando– terrorismo y guerra chocaron entre sí, es decir, estas dos dimensiones de la violencia política, tradicionalmente distintas y que ninguno hasta ahora había imaginado poder unificar o incluso vincular, se encontraron indisolublemente ligadas, volviéndose una misma cosa: así nació la idea misma de la “guerra al terrorismo”, hecha una realidad todavía antes que por los estrategas o los comunicadores de la Casa Blanca, por el ataque a las torres que consistía en un acto terrorista que proclamaba el estallido de una nueva guerra (¿el atentado de Sarajevo no tuvo, en su “pequeña” dimensión relativa, una función del todo análoga?). Así las cosas, la misma pregunta clásica –“¿el 11 de septiembre es el inicio (de una nueva era) o el final (de una vieja era)?”– pierde gran parte de su importancia al diluirse en la circunstancia de que no podemos decir si el 11 de septiembre indica la fecha de la liquidación del viejo mundo o el nacimiento de uno nuevo. Tendríamos que hacer un gran salto hacia delante para poder mirar atrás y obtener una respuesta. Claro, la alternativa entre un 11 de septiembre *liquidador* del viejo mundo y un 11 de septiembre *creador* de uno nuevo puede, al menos provisoriamente y de manera tentativa, ser discutida tratando de aplicar la más acreditada de las dos hipótesis, es decir, la “creacionista”.

Un creador deberá de manera verosímil liquidar el pasado, de manera que el vínculo entre las dos hipótesis nos permita razonar tanto a una como a la otra. La idea creacionista sería, en todo caso, más bien simple y clara: el 11 de septiembre es el guante del desafío arrojado a la cara del

Occidente, golpeándolo en lo que le es sacramentalmente más querido y simbólico. Así habría iniciado –y esto se inscribe, como es notorio, en la lectura que la administración norteamericana le da a la situación– una grande y “larga” guerra entre el Occidente (con sus valores) y el Islam (con su voluntad de imponerle al mundo su fe). Pero aunque no haya una guerra-continua o una guerra-combatida de manera discontinua, ¿podría darse el caso de que ésta sea la nueva línea de separación entre la que se construirá un nuevo bipolarismo? ¿La “guerra al terrorismo” será, para Occidente, la misma cosa que el “*roll back*” fue para los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, es decir el programa no sólo de contención, sino más bien de contraposición al expansionismo soviético?

Si he mantenido hasta ahora con tanta tenacidad claramente diferenciada la distinción entre terrorismo y guerra es precisamente porque finalmente el choque directo no habría podido ser evitado: sutilidades, diferencias, argumentos, ceden frente a una constatación, es decir, que la guerra en Irak, iniciada el 17 de marzo de 2003 (no importa tanto por quién y por qué) dio vida, con el paso del tiempo, y de los meses de ocupación, a una situación por mucho sin precedentes, en la cual la guerra “y” el terrorismo, entre sí, y luego los dos “con” la guerrilla, han revelado estar intrínsecamente entrelazados; a tal grado que hoy resulta verdaderamente decisivo saber qué cosa es la *guerra*, qué cosa es la *guerrilla* y qué cosa es el *terrorismo*. Tal vez la única manera para entenderlo es la de preguntarse quién encarna cada una de las tres figuras. Para quien dudara de la utilidad de realizar esas distinciones, le haría notar –antes incluso de hacerlas– que la valía simbólica de estas tres figuras varía inmensamente la una de la otra, a tal grado que, para señalar de inmediato una primera característica distintiva (aunque superficial), cada una de ellas está acompañada de la emisión de sentencias sociales igualmente diferentes: la guerra es aceptada como la forma legítima de lucha entre los Estados; la guerrilla es reconocida solamente por una parte (y por los simpatizantes neutrales); el terrorismo por ninguna de las dos partes (dado que nadie acepta el ser llamado “terrorista”). En otras palabras: la guerra se hace entre dos; la guerrilla por sí mismo; y el terrorismo (paradójicamente, puesto que el “terrorista” es siempre y exclusivamente el “otro”), ¡no lo practica nadie! En esta aparente paradoja reside el meollo de todo el problema y la justificación de la centralidad de la simbología. Es evidente, en efecto, que el acto terrorista existe en sí mismo y que ninguna formulación teórica puede transformarlo en algo menos terrible, pero dado que los terroristas “simbó-

licamente” hablando no existen (se trata de combatientes...), el único modo que tenemos para distinguir a personas y hechos –terroristas y terrorismos– depende precisamente de la capacidad que tendremos para comprender la función simbólica de la elección del nombre que se dará al hecho.

VI. LLAMAR LAS COSAS POR SU NOMBRE

¿Cómo llamamos, pues, lo que está pasando en Irak: una guerra, una guerra civil o una guerra de liberación? Nótese que la mayor parte de las acciones que producen víctimas entran en las que normalmente llamamos actos “terroristas”, e involucran tanto a ciudadanos iraquíes como a ciudadanos estadounidenses, tanto a civiles como a militares, tanto a combatientes como a inocentes paseantes. El marco normativo nos demanda verificar si: *a)* esas acciones pueden ser reconducidas a una cadena de mando (o mejor dicho: si entran en una estrategia continuada y preestablecida –el *animus pugnandi*–); y *b)* si sea posible distinguir a los combatientes de los civiles.

a) Después de tres años de combates, no ha emergido un “grupo dirigente” preciso e identificable, ni se ha ilustrado de manera manifiesta una estrategia para la conquista del poder o para la liberación de Irak de sus ocupantes (sólo Al-Qaeda ha emitido de vez en cuando declaraciones de ese tipo, pero no de manera continuada, no de manera segura, no de manera representativa). Parece que estamos más bien frente a un estado de insurrección *naciente* que no ha producido ni a un ejército de liberación, ni otras formas de coordinación orgánica y organizada (como era, en cambio, el caso italiano por lo que tiene que ver con los varios CLN locales, que podían reconducirse a un Centro nacional que inspiraba a la estrategia en su conjunto). Es difícil también asimilar el caso de Irak al de Vietnam, no sólo porque la guerrilla de este país creció al interior de un movimiento de varias décadas de lucha antifrancesa y luego antinorteamericana, sino también porque partía de una parte precisa del país y actuaba en la otra; además, la dirección general de las operaciones estaba claramente en las manos de un grupo dirigente no solamente conocido en ese lugar, sino en todo el mundo.

b) Ni siquiera en el apenas recordado caso vietnamita, ni en Irak, y en realidad tampoco en la Italia de la guerra partisana el criterio de la posible

distinción puede ser aplicado con éxito: la frontera es posible en teoría, pero no en la práctica. Ello vale tanto para los campesinos de Vietnam del Norte que ayudaban a los vietcong en las emboscadas contra los norteamericanos, de parte de quienes padecían represalias u operaciones de “peinado”, o arrestos; como para el caso de la guerra partisana italiana, en la cual el caso de la *Via Rasella* –las *Fosas Ardeatinas* ilustran de la manera más clara y dramática la inutilidad de la pretensión de hacer una distinción–. Los autores del atentado de *Via Rasella* pertenecían a los GAP (Grupos de Acción Patriótica, reconocidos por el CLN); hicieron explotar en esa calle un carrito de la basura cargado con 12 kilos de explosivo; causaron 32 víctimas entre las tropas alemanas (cuyos movimientos en esa calle habían sido estudiados en los días precedentes: prueba de una organización y una preordenación) y dos italianas. Las fuerzas que realizaron la represalia estaban compuestas por soldados alemanes, dirigidos por oficiales, oficiales italianos y fuerzas de policía italiana. Entre las víctimas de la represalia figuraban antifascistas y “combatientes civiles” pero también “civiles no combatientes”.

Podemos considerar, particularmente frente a tantas posibles distinciones, que todo lo anterior sea inútil, por lo que se puede distinguir entre guerra, guerrilla y terrorismo a partir de su apariencia manifiesta. En ese sentido, se trata de una guerra cuando hay dos ejércitos regulares que se contraponen; de guerrilla, de guerra de liberación o de guerra partisana cuando hay un ejército que ocupa un país que no está en capacidad como para oponerle fuerzas regulares, pero pretende contrastarlo; de terrorismo cuando grupos privados, carentes de cualquier legitimidad, actúan en contra de civiles y/o militares sin hacer ninguna discriminación. Sencillo, pero insatisfactorio a menos que queramos hacer derivar de las definiciones –¿a qué cosa servirían de otra manera?– criterios de diferenciación, o bien de juicio, por ejemplo de licitud, o legitimidad; o bien de justificación o de no justificación. No estamos seguros, en efecto, que todo tipo de acción, entre éstos las que he enumerado sea igualmente justificable; ciertamente habrá quien admita la lucha partisana en su manifestación de la *Via Rasella*, pero no la represalia nazi, quien al contrario juzgará comprensible la represalia precisamente por su carácter de respuesta ya preconfigurada. Los norteamericanos en Vietnam no distinguían entre civiles y militares, del mismo modo en que los kamikazes actuales que buscan impedir la formación de fuerzas de seguridad iraquíes golpeando metódicamente los lugares en los que se realiza su entrenamiento. Ade-

más, ¿cómo podríamos establecer la línea de confín entre la acción que, para tener éxito (como la de los comandos que operaron en *Via Rasella*), requiere sigilo y, por lo tanto, se aleja completamente del requisito, en este caso “imposible”, de la posibilidad de ser reconocidos y de la visibilidad de sus propios signos distintivos, y la acción regular? ¿Qué arma, finalmente, sabrá distinguir entre militares y civiles, no sólo recurriendo al atajo del doble efecto, o de los daños colaterales, sino al bombardeo indiscriminado?

VII. ¿EL TERRORISMO “CONTRA” LA GUERRA?

Dado que nuestro interés no es en casos de escritorio o por tardías sentencias sobre la Segunda Guerra Mundial, sino para hacer las cuentas con la realidad en la que vivimos, debemos seguir otra línea de razonamiento: lo que vemos en Irak parece poder reconducirse a una guerra (si tomamos en cuenta el punto de vista de los gobiernos de la “coalición de los voluntariosos” y de Saddam Hussein –al interior de esta categoría se podría distinguir ulteriormente entre guerra de invasión, según el otro gobierno de Hussein, o guerra de liberación democrática según el de Bush); a una guerra de liberación, o de guerrilla (si tomamos en cuenta el punto de vista de un funcionario iraquí del derrocado régimen Baat); o a una crisis terrorista (si razonamos finalmente como un policía iraquí responsable de la seguridad de la población). Parece que tenemos que llegar a una conclusión que genera desilusión o desconcierto: guerra, terrorismo y guerrilla no se distinguen sino es por las diferentes intenciones que les subyacen, las cuales “regulan” el tipo y la cantidad de violencia que son adecuados para sus respectivas intenciones.

¿Qué cosa ocurrió realmente en Irak? Podría ser una pregunta que nos repetiremos por mucho tiempo, porque realmente no es fácil entender si estamos asistiendo al desarrollo de una historia iniciada el 9 de noviembre de 1989 (y constelada por otras fechas sucesivas que todos recordamos), de manera que la posguerra, en la cual, asumiendo esta hipótesis, aún nos encontramos, no habría demostrado todavía una perspectiva evolutiva o algún signo de pronóstico, o bien, si el material que estamos viendo representa una masa informe e indeterminada de la cual debería todavía emanar un nuevo equilibrio de la vida internacional, que tomaría poco a poco forma. Por difícil que resulte escoger entre estas

dos perspectivas, parece quedar claro que aquella famosa y anunciada crisis de las ideologías sobre la cual se creyó que podía nacer –una vez anulado el socialismo– una sociedad civil mundial indiferenciada e insensible a las diferencias que no fueran las de la riqueza y del suceso (hablo del periodo de la *new economy* y de la versión optimista e inocente de la globalización) no era realmente tal. En realidad, no solamente la ideología no había desaparecido, si no que incluso se volvió totalizadora, a tal grado de convertir al Occidente en el defensor de un sistema de valores *superior* a cualquier otro en el mundo ¿qué cosa podría ser más ideológico que eso?

Aceptemos este reto: ¿tiene derecho el Occidente a la superioridad de la que actualmente goza? Entendamos esa superioridad en términos de fuerza económica, financiera, industrial, militar, socio-cultural: no hay posibilidad de poner en duda –podríamos decir– que la calidad media de la vida cotidiana se encuentre mejor en Occidente que en cualquier otra parte del mundo. Occidente distribuye mejor la riqueza, cura mejor las enfermedades, ofrece una mejor escuela, universidad e investigación que los demás, permite una mejor satisfacción de las demandas individuales, garantiza mejor que otros las libertades de pensamiento y de crítica, la autonomía de costumbres, de oposición y de rebelión... Éste es el resultado de una larga historia que no pretendemos ciertamente poner aquí en discusión: el Occidente ha sido afortunado en desarrollarse antes que otras partes del mundo, en conocer grandes revoluciones sociales, políticas y culturales antes que en otros lados. Si ha aprovechado de todo ello en su favor no hay nada que deba extrañar (pero tampoco podríamos hoy presumirlo o lamentarlo, pues no es mérito nuestro). ¿Pero de todo ello se desprende también la legitimación –*que Occidente hoy insistentemente reivindica, aunque no siempre de manera explícita*– para decidir también lo que es bueno para el mundo? ¿Por qué razón deberíamos asumir con satisfacción el hecho de aquellas armas de destrucción masiva que nunca fueron encontradas en Irak y que se busca a toda costa que no tengan los “Estados criminales”, estén en manos de los Estados Unidos en un número que no es igualable por el resto de las armas en manos de los ejércitos del resto del mundo?

VIII. LA COSTUMBRE DEMOCRÁTICA OCCIDENTAL

Cada vez que un Estado da la noticia de la realización de ejercicios militares (como los han realizado de manera conjunta Rusia y China), Estados Unidos expresa su asentimiento o su disenso, como su fueran el último baluarte mundial frente a la anarquía. La anarquía; ¿no podría ser justamente ésta la clave de lectura de la realidad contemporánea, al grado de introducir en el marco de una especie de “autobiografía de Occidente”, que asiste a su decadencia incapaz e impotente para hacerle frente, no tanto porque falten las fuerzas, o no se sepa cómo enfrentarla, sino porque no se hace cargo de los motivos por los cuales todo precipita y cae en la anarquía? El Occidente quisiera ver reconocida su superioridad, que estaría justificada por su reciente victoria sobre el comunismo internacional, pero en cambio ve contrastado –incluso por la vía del terrorismo– el derecho a dirigir el mundo. No es casual que la sociedad occidental, hoy envuelta de alguna manera en este síndrome anárquico, busca defensa en las identidades, en el regreso a la cultura étnica, en la búsqueda de las raíces y del territorialismo, en los sentimientos primordiales.

¿Qué cosa perdería el Occidente si perdiera el control del mundo? El daño no sería tanto, como podría pensarse en primera instancia, de tipo económico, social o religioso, ni se trataría de un mero y simple retroceso respecto a las situaciones de bienestar y privilegio a las que estamos acostumbrados; el riesgo sería el de perder un bien todavía más precioso, del que hasta ahora el Occidente había sido el único depositario (que no propietario) y que debería querer desarrollar en todo el mundo. Se trata de la democracia; y una vez perdida nos volveríamos iguales a todos los demás. Pero no basta hablar de la democracia que estudiamos en los libros, la que nos sirve no es sólo la de las “promesas no mantenidas” que lamentaba hace más de veinte años Norberto Bobbio –ninguna de las cuales se cumplió posteriormente–, sino aquella que se convierte en una “costumbre” que es espontáneamente incompatible con la violencia política y de manera particular con el terrorismo, ese enemigo ciego, que golpea de manera imprevisible, y se ensaña solamente con quien es vulnerable, que simboliza la acción unilateral y que rechaza cualquier forma de diálogo, repetitivamente y con una absoluta falta de elaboración y de reelaboración interna. Los terroristas son los “apátridas” de un mundo al que rechazan autoexcluyéndose. Hoy corremos

un peligro: en efecto, cuando se presenta el terrorismo, la democracia se retrae para defenderse, pero también por el miedo. Debemos tomar conciencia de un hecho: que el terrorista, a su vez y a diferencia de nosotros, es un desesperado. ¿Podemos realmente pensar que un kamikaze (pensemos en una persona seria y consciente que hace u ordena acciones de ese tipo) sea mera y simplemente un alucinado, un loco sanguinario? En el individuo que es convencido para convertirse en uno de ellos habrá también algo de eso, pero preguntémonos, ¿quién está realmente dispuesto a renunciar a su vida, quien tiene la esperanza de un mundo mejor o quien ya no tiene esa esperanza? Busca la muerte quien ya no tiene esperanza, no quien carece de ella.

O el terrorismo gana de inmediato, o está destinado a la derrota; una vez entrado en el “sistema” pierde su efecto disruptivo y en vez de atrozizar espanta, preocupa, suscita represión, debilita el Estado de Derecho, pero no destruye. Se convierte incluso en una especie de accesorio, un icono en el cual proyectamos nuestras insatisfacciones, fracasos, dificultades, crisis, transformando el terrorismo en el símbolo de los males del mundo. Y no hay más que un remedio en contra de estos males: no la guerra, no el odio, no la demonización, sino la no violencia, la tolerancia, la comprensión; en una palabra: la democracia.